

GLOBALIZACIÓN

Mauricio Langon

¿A qué nos arriesgamos al hablar de *globalización*? ¿En qué plano aceptamos entrar a movernos -en qué imagen del ser y del pensamiento- cuando hablamos de *globalización*? ¿De qué *personajes conceptuales*, de qué *desterritorializaciones* y *reterritorializaciones* quedamos presos? ¿Deberíamos seguir insistiendo en pensar críticamente a partir de las propuestas de la *globalización*? ¿Deberíamos seguir insistiendo en pensar creativamente, a partir de *sus* propuestas, un proyecto alternativo a ellas? ¿O deberíamos reconocer que al entrar *en el plano de la globalización* ya se nos ha hecho imposible la discusión, y que es necesario pensar desde otra base?

Porque, una vez ubicados en el *plano de la globalización*, en el plano de una *racionalidad* regida por la lógica de maximización de ganancias del mercado capitalista que necesita abarcar todo el mundo y sobredeterminar todos los aspectos o “racionalidades regionales”, ya no es posible el *diálogo* que necesariamente implica el reconocimiento de otros *logos*, de otras racionalidades, con las que vale la pena argumentar, para intentar llegar a algo mejor a través de distintos logos, e implica el reconocimiento de los límites de la propia razón y estar dispuesto a cambiar. ¿No sería más prudente, entonces, crear una conceptualización propia para pensar la realidad actual? ¿*Ponernos en otro plano*? ¿En un plano que exige el diálogo, y por eso mismo hace imposible el diálogo con una racionalidad que sólo puede subsistir en tanto *monológica*, en tanto comunicación unidireccional? Entonces uno podría -o mejor, muchos, colectivamente podríamos- pensar críticamente, pensar creativamente y pensar alternativas, desde la no-**aceptación** de la conceptualización de la *globalización*.

Globalización viene del adjetivo, *global*, que en castellano significa *total* o *general*. Ese adjetivo se puede aplicar a un pensamiento, a una consideración, una perspectiva, un punto de vista *global*: algo tomado *en su conjunto* o *en general*. Por ejemplo, uno podría referirse en forma *global* tanto al Universo, como a cualquier planeta, a una obra de arte, a un artículo... El alcance o tamaño del objeto no hace a que su consideración sea o no *global*. Jacotot inventó un método de lectura que se conoce como *global* y cierto método didáctico desarrollado por Decroly, se llama *globalización*.

No es ése el sentido en que se utiliza ahora *globalización*. En esta palabra el adjetivo está substantivado. Pero a partir de otra raíz, que viene del inglés (*globe*), y que no se refiere a lo *global* sino que hace alusión exclusivamente a la Tierra, al “*globo terráqueo*”. Alude a la tierra en tanto en ese *lugar* preciso se dan acontecimientos o procesos de muy distinta índole que tienen en común su tendencia a integrar la Tierra en un todo, o que ya han logrado integrarla.

Aparece, entonces, una *imagen del ser* según la cual *el ser es globalizado*. “Lo que es, es globalizado”. Lo que es, es el globo terráqueo; el espacio reducido al *globo*; pero ese globo considerado como si fuera la totalidad. Un espacio definido particularmente por referencias comunicacionales (la idea de Mc Luhan de “aldea global”) en el cual *se vincula todo*. Pero un “todo” que es la Tierra; ese espacio que *tenemos cerca*, conectándonos todos los días a Internet. La Tierra está pensada y sentida como la *totalidad* del espacio. Como San Agustín -pero por otros dioses- “hemos renunciado a soñar con las estrellas”.

La noción de *globalización* se relaciona de manera curiosa con el *espacio*. Por un lado pone el acento en interconexiones y comunicaciones que abarcan todo el planeta por encima, por ejemplo, de fronteras estatales, o sin pérdida de tiempo, en tiempo real, permitiendo *achicar* el espacio en el sentido de hacer accesible simultáneamente lo que ocurre en un lugar en otro alejado, etc. Por otro lado, puede tender a reducir el *espacio* al *globo terráqueo* y remitir todas las referencias a la *totalidad*, a la totalidad del globo terráqueo. La Tierra se nos presenta como un espacio enormemente amplio que puede ser cubierto en su totalidad. Pero, a veces, se nos presenta ocultando la inmensa reducción que eso implica, puesto que toda referencia se reduce a nuestro planeta, esa mota de polvo en el espacio.

Es muy dúctil esta construcción conceptual sobre la base de la *imagen* fuerte del "globo terráqueo" y la terminación *-ización*, que alude tanto a algo ya dado, acabado, como a algo en proceso de construcción; tanto a un proceso de desarrollo natural y necesario, como a un proceso de producción humana, contingente. Ello permite varios juegos.

Por ejemplo, es fácil cargar de contenido valorativo positivo la *globalización* y presentarla ora como un *logro* de la humanidad o sus desarrollos científico-tecnológicos; ora como un hecho innegable, como un dato actual tan ineludible e inmodificable como el pasado; ora como un proceso amenazado que enfrenta riesgos y desafíos que hay que superar realizando acciones o combatiendo enemigos (partidarios, por ejemplo, de la *antiglobalización*).

El término *globalización* no garantiza una perspectiva *global* o una visión *relacional* u *holística* de las cosas. Puede ser considerada por partes aisladas, de manera parcial, sectorial o fragmentada.

La *imagen del ser* que da la *globalización*, no implica la consideración de nuestro planeta en *su totalidad*, sino la identificación de un aspecto de su estado actual *como totalidad*. Es la *totalización de una parcialidad*, de un aspecto de la realidad; lo que implica la necesaria y absoluta exclusión de otras parcialidades, de otros aspectos, ubicados *fuera* del todo (aunque le sean *interiores*) y reducidos a *nada*. Es decir: invisibilizados, residualizados, nadificados, ninguneados.

Si *ser es ser globalizado*... ¿qué aspectos y quiénes resultan excluidos de la *globalización*, qué aspectos y quiénes son invisibilizados en una mirada *globalizadora*? Los que, en el *mundo globalizado siguen viviendo en reducciones*: reducidos a su casa, su barrio, su pueblo o su país; haciendo mandados a pie hasta el almacén de la esquina; recurriendo al ómnibus, al tren o a la bicicleta para ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa; llamando a veces por teléfono en los horarios más baratos; acampando algunos días en las termas o las playas. Sin embargo muchos de ellos también viven *virtualmente* en amplios espacios a través del *alef* de la cocina o del dormitorio que les permite el ensueño de *experimentar* todo: *vivir* en la imagen como los *ricos y famosos*, gozar las maravillas del mundo, las delicias del amor, la fuerza de los músculos y las armas, la emoción de las aventuras, el espectáculo de los horrores cotidianos del hambre y de la guerra... Los que seguiremos viviendo *reducidos*, siempre a *una* escala determinada, a escala humana (alrededor de setenta kilos, un metro setenta, ochenta años de vida, un *hábitat* preciso y reducido, un pequeño entorno de parientes o amigos -o sea *todos*-) vivimos un *simulacro de infinitud*. Inmóviles frente a la pantalla, asistimos a cambios vertiginosos. Mientras todo sigue igual. Y no tenemos tiempo...

El término *globalización* no se refiere a todo lo que hay y ocurre en nuestro planeta. La infinidad de variedades de vida y cultura que hay en nuestro *globo* resultan desconsideradas en la medida en que no se generalizan o imponen como únicas, en la medida en que no se *globalizan*. Quiero decir, en la medida en que se considera la *globalización* como resultado o producto del modo de actuar "occidental".

Paradojas de la *globalización*. Cuando diversas culturas y variados (y hasta contrapuestos) sectores de la sociedad civil se articulan y movilizan utilizando las *redes globalizadas* se suele decir que son movimientos *antiglobalización* y se los combate como enemigos de la *globalización*. Cuando, por el contrario, permanecen aislados y encerrados en sí mismos, se justifica en la *globalización* que sus derechos no sean reconocidos.

Hay también una imagen del *tiempo* propia de la globalización. Un *cierre al futuro* que implica un *cierre al pasado*. Sólo importa lo reciente.

En el futuro la *globalización* será más *globalización*. Lejos de pensarse en las inéditas formas de convivencia que exigirá una humanidad mucho más compactada, suelen pensarse -por ejemplo- las formas políticas y económicas a las que hemos llegado actualmente (ligadas, por otra parte, a circunstancias históricas y tradiciones muy precisas y localizadas en el tiempo y el espacio) como el "final de la historia".¹ Hay veces en que parece que la globalización no se piensa con ningún principio de cambio. Porque no hay ninguna insatisfacción, sino el deleite, el alborozo del deseo realizado, la euforia de haber llegado, digamos, al mejor de los mundos posibles. La *globalización* tiende a justificar *globalmente* el presente, incluyendo sus aspectos nefastos.

La imagen del ser que construye la globalización tiende a anular el pasado. La globalización presente aparece como *creación de la nada*, por un proceso de *aceleración*. Vean este texto de un libro sobre educación:

"La revolución científica es el motor de este *tempo* de vértigo. Dicen los entendidos que si la vida del *Homo Sapiens* sobre la Tierra hubiese durado una hora, en el último segundo, en estos veinticinco años, hemos aprendido tres veces más que durante el medio millón de años anteriores".²

La imagen del "reloj de la historia" normalmente utilizada para despertar en los jóvenes la sensación de la inmensidad de la dimensión temporal, la lentitud de los procesos evolutivos o la pequeñez del instante que estamos viviendo, es usada *al revés* en este texto: los milenios de historia humana resultan irrelevantes ante los últimos veinticinco años y son sustituibles por ellos.

El tiempo aparece como un puro presente, un puro presente que no tiene pasado ni futuro. Un tiempo estancado.

¿Qué significa una *globalización* en que el espacio queda reducido al globo terráqueo y el tiempo al instante presente? Un mito Náhuatl habla del momento en todo se estancó, todo se detuvo, y alguien le tiró un conejo a la Luna para que todo empezara a moverse

¹ Cfr., por ejemplo, el célebre artículo de Fukuyama, F. ¿El fin de la historia? En: The national interest, Chicago. Múltiples ediciones y libro posterior.

² Gómez Buendía, H. : Educación, la agenda del siglo XXI; hacia un desarrollo humano. Bogotá, PUND / TM, 1998.

de nuevo. Creo que es el momento de empezar a tirarle conejos a la globalización que tenemos, para que las cosas se empiecen a *mover*, es decir, se muevan desde aquello que conmueve y se mueve y está vivo pese a *esta* globalización y que la visión *globalista* no nos permite ver.³

Que se empiece a mover el mundo interconectado y solidario desde ese *invisible* hombre tirado en las calles de Sao Pablo, a cuyo lado pasa la mayor parte de la gente sin verlo. Pero visible para otros, como ser humano del presente y del futuro, como el hombre asaltado en el camino a Jericó. Que se pongan en movimiento los seres humanos que somos cada uno de nosotros, invisibilizados por un sistema globalizador que impide *ver* una pequeña experiencia comunitaria en "Novo Hamburgo"; o que me impide *ver* la importancia que tiene mi clase con unos pocos alumnos, a los cuales puedo oprimir o ayudar a liberarse; o la importancia que tiene mi práctica cotidiana en mi casa, para reformular desde todos las pequeñas instancias locales, una visión que termine siendo *global*.

¿Antiglobalización, entonces? La "antimundialización" -dice François de Bernard⁴ es una de las "categorías que matan", o "hacen imposible todo debate" y "hacen retroceder el movimiento de las ideas en vez de favorecerlo". Esta categoría "pretende dar razón de las posiciones, teorizaciones y manifestaciones más diversas, más opuestas y más problemáticas". Es "mentirosa", no sólo porque supone que la "mundialización" es algo bien conocido, sino porque los temas denunciados en las protestas que se reúnen bajo el rubro genérico de "antimundialización" se refieren a temas de denuncia precisos y no condenan la "mundialización" sin matices. Más bien, instancias como el Forum Social Mundial de Porto Alegre rehúsan ser caricaturizados como reuniones de "anti" y se reivindican como lugares de elaboración de "otras formas de mundialización, otras modalidades de relaciones económicas, culturales, sociales y políticas que las impuestas por el paradigma de la *globalización* en curso." Pero, sobre todo, la *antimundialización* "es mortífera, porque la violencia imaginaria de esta categoría produce efectos de realidad que superan las expectativas y los procedimientos de control normativos, como pudo constatarse de manera emblemática en Génova en julio de 2001. Identificado como 'antimundialización', un joven manifestante se convirtió en un enemigo de la sociedad, un delincuente, un terrorista. Fue investido de una negatividad absoluta (el rechazo del 'mundo libre', del 'progreso', de la 'democracia') a la que hay que contestar por todos los medios con una severidad sin fallas. (...) La privatización del mundo mundializado está reforzada y perpetuada por la difusión acelerada de ciertas monedas acuñadas y puestas en circulación por los dueños del juego, y luego emitidas sin límites por quienes aceptan jugarlo. Monedas que llevan nombres como 'libre-mercado', 'gobernabilidad', 'economía de mercado', 'productividad', 'competitividad', 'liberalización', 'lucha contra la pobreza', 'desarrollo durable', 'democratización' y 'antimundialización', entre otros." No son necesarios estos pseudo conceptos, sino "verdaderos conceptos como alternativa, código monetario, comunitarismo, cosmopolitismo, dignidad, dominación, emancipación, equidad, fragmentación, intercultural, memoria, migraciones, distribución de los saberes, regulación, solidaridad y totalitarismo que debemos reapropiarnos para entender el sentido problemático de las

³ No me propongo aquí entrar en un análisis pormenorizado de la globalización. Interesantes aproximaciones para comprender la globalización pueden verse en Rico, A. y Acosta, A. (comp.): Filosofía Latinoamericana, globalización y democracia. Montevideo, Nordan-Comunidad, 2000. Especialmente el artículo de Acosta, A.: Democratización en la globalización.

⁴ Bernard, F. de: "L'antimondialisation n'existe pas". Los franceses suelen preferir el término mundialización a globalización. Al menos ellos usan su idioma...

mundializaciones en circulación. Hay que expandir el uso de instrumentos incómodos, de conceptos resistentes al simplismo en vigencia, de cuestionamientos inéditos que no estarán de más para captar mundializaciones que se nos escapan con tanta constancia como ironía. Ya que la antimundialización no existe, la evaluación crítica debe existir más que nunca de cara a los movimientos del mundo".